

Granadilla

*“Mi sabiduría ha vivido en Roma, mi pasión en El Cairo, mi angustia en Fez
pero en Granada vive aún mi inocencia”*

(Aamin Maalouf, León el africano)

Vivo en Granadilla, un pueblo amurallado, alejado de rutas, al que es muy difícil llegar por casualidad pero muy fácil si te ponen en el camino, porque el acceso es único, sin alternativas. Granadilla está encaramada en la cima de una península casi separada de tierra, rodeada por las aguas del embalse de Gabriel y Galán, en el terreno frontera entre las sierras del norte de Cáceres y las dehesas del sur, que no sufre los rigores del frío de las montañas ni de los calores extremos de las llanuras de secano. Tiene la temperatura justa, la humedad justa, las horas de sol justas. Las justas para mí.

Granadilla tiene los habitantes y visitantes que yo necesito. Más son demasiados para mi manera de ser, suponen ruido, tráfico y poco aparcamiento, alejan las instituciones y alargan las colas, y menos son pocos, no dan para comercios ni locales de ocio ni asociaciones culturales o deportivas, no permiten el anonimato fingido. En Granadilla viven los suficientes amigos y familiares. Yo vivo en una casa que un tatarabuelo mío compró, empiezo a sospechar que pensando en mí, hace 130 años. La casa tiene un ventanal orientado al sur con un horizonte amplio, de tejados, agua, tierra y aire, muy sugerente para escapar de lo cercano muchas tardes y noches, para colgarse pensando en el firmamento, en los cielos. Granadilla es el marco necesario de mi vida y mis elucubraciones.

Pero no sólo Granadilla, no. Toda la región está hecha a mi medida. Hay ciudades medianas con buenos colegas y buenas librerías a una hora u hora y media de camino, grandes capitales con buenos maestros y buenas reuniones a media jornada. Hay otro país, Portugal, a tiro de piedra, y llegar al mar atravesándolo supone un pequeño viaje. Juntando unos días, puedo pasarlos en ciudades árabes y europeas que sumergen en las fuentes de nuestra tradición científica y filosófica.

¿Y sólo la región? ¿Sólo España y Portugal? ¿Sólo Europa, el África mediterránea y el próximo Oriente? ¡Qué va! El planeta entero parece una gigantesca maquinaria maravillosamente apta para albergar mi existencia sobre él. Aquí se goza de la mejor manera de orbitar alrededor del Sol. Si diéramos las vueltas por donde lo hacen Mercurio o Saturno, por ejemplo, recibiríamos demasiada o demasiada poca energía solar. Moriríamos de calor en un caso, de frío en otro. Aquí los años duran lo que tienen que durar y las estaciones son las que tienen que ser. El tamaño y la masa de la Tierra son los justos para que su campo gravitatorio mantenga atrapada una atmósfera gaseosa que tiene oxígeno para respirar, ozono para proteger de los rayos

ultravioletas del Sol, dióxido de carbono para arropar el planeta por la noche, para hacerlo confortable. Y encima, algo que de puro familiar pasa desapercibido, rota este planeta con la velocidad precisa para que cada día tenga 24 horas, número singular que puede repartirse en tres tercios de 8 horas, uno para el trabajo, otro para el descanso y otro para que yo lo dedique, entre otras cosas, a estudiar cosmología, mi afición favorita.

Por eso sé que el Universo en su conjunto nació con propiedades tales que sus modos y sus ritmos de evolución fueron los justos para que se formaran estructuras como nuestra Vía Láctea, como nuestro Sistema Solar, como nuestra Tierra, como mi Granadilla y como yo. Es maravilloso darse cuenta de que cualquier desajuste de los valores de las propiedades físicas básicas del estado inicial del universo hubiera dado como resultado que yo no estuviera aquí, existiendo con mi manía de pensar en cuestiones cosmológicas y disfrutando con ello.

Es raro tener esa manía, pero yo la tengo. Muchas extraordinarias coincidencias me han moldeado para que la pueda tener. La educación de mis padres, sus aficiones, Salamanca, ese mito suyo que hicieron mío, una adolescencia de extrañamiento en Alagón, soledades juveniles, la influencia decisiva de profesores, frustraciones amorosas y profesionales, huidas, la suerte de caer en la Lisboa que me pacificó. Impresiona pensar que no sólo el pasado inmediato ha sido apropiado para que la tenga, esa manía, y pueda disfrutarla. La historia reciente de la provincia de Cáceres, la historia del siglo XX en España, el tardío paso del antiguo al nuevo régimen, la desamortización de Mendizábal, la invasión francesa, los Borbones y los Austrias, la Reconquista, los califatos árabes, los reinos visigodos, la dominación romana, Viriato, los primeros pobladores iberos, los de Altamira, los de Atapuerca, todo condujo a que mis antepasados fueran así como fueron, a que su cultura fuera la fue, a que se concretara la existencia de mis ascendientes familiares, la de mis padres, a que se conocieran y casaran, a que vivieran dónde, cómo y cuándo tenían que vivir, a que yo naciera dónde, cómo y cuándo tenía que nacer.

Pero todo eso podría no haber bastado para que se lograra el resultado *yoaquiáhoracomosoyhaciendoloquehago*. Ha sido preciso también que la evolución cultural ajuste finamente con la evolución biológica sobre la Tierra. Especialmente llamativo es que hayan coincidido el número de generaciones humanas necesarias para que yo exista y el número de generaciones humanas necesarias para alcanzar el nivel de desarrollo tecnológico que permite fabricar ordenadores. Yo podría haber existido, podría haber pensado en cosmología, pero sin ese ajuste temporal no estaría ahora aquí escribiendo mi pensamiento en mi portátil, y con la letra que tengo, no se me podría leer y, tal vez, desistiría.

No estaría ahora escribiendo, mejor dicho, a punto de escribir, o de describir, la que me parece la madre de todas las coincidencias necesarias para llegar a este *yoaquiáhoracomosoyhaciendoloquehago*. A saber, que mi genoma parece elegido para ese fin porque ha cristalizado en una cabeza grande y unas extremidades pequeñas que me han alejado del deporte, en un cerebro más

dado a la razón que a la fantasía, en la falta de una voz que me hubiera orientado hacia el canto o de otras facultades que me hubieran llevado por el camino del arte antes que por el de la ciencia, en una anatomía que favorece el estar sentado, en una ligera chepa que naturalmente me inclina sobre el ordenador y en una nariz en la que encajan, tan perfectamente que no las noto, las gafas de cerca que llevo. Lo extraordinario es que mi genoma no es original mío sino que proviene del de mis padres. Mis padres tuvieron el genoma exactamente necesario para que resultara el mío. La probabilidad de que dos personas cualesquiera, al azar, se unieran para ser mis padres y tuvieran los genomas correctos para que resultara el mío es prácticamente cero. Esta sí que es una coincidencia extraordinaria. Al lado de ellas, cualesquiera de las que he señalado antes palidecen, dejan de parecer sorprendentes y decaen a la categoría inferior de las cosas raras que algunas veces pasan.

Así que llego aquí anonadado, aplastado por el peso de todos los hechos constatados y me pregunto: ¿Es posible aceptar que todas las coincidencias que he enumerado, las que conducen desde el principio del Universo hasta mis narices sean sólo un montón de casualidades? ¿Es posible que las propiedades físicas del Universo, de la Vía Láctea, del Sistema Solar, las del planeta Tierra y las de mi Cáceres y mi Granadilla, que los ritmos de la evolución biológica y de la humana, que los genomas de mi padre y mi madre se hayan ajustado tan sólo por azar a los que eran necesarios para que yo existiera siendo como soy y haciendo lo que hago?

O, desgarradora alternativa, ¿es posible que alguien haya diseñado el Universo, la Vía Láctea, el Sistema Solar, la Tierra, Granadilla, los genomas de mis padres, mi persona y mis narices, para que exista ahora y aquí con mi manía de pensar en cosmología? ¿Es posible que la historia del Universo, de mi Vía Láctea, de mi planeta, la de su evolución biológica, las de mi Cáceres y mi Granadilla, las de mi padre y mi madre, que todo eso más mis avatares personales sean capítulos de un plan de alguien para que yo esté preguntándome esto en este momento?

Estupefacto, inquieto, incómodo ante una disyuntiva que no quiero aceptar, me doy cuenta de que solo puedo resolverla en el terreno de las afirmaciones solemnes y universales, y me atrevo a formular el que, a partir de este momento, llamaré Principio Antropocómico: *el Universo tiene las condiciones y la historia que tiene porque si hubiese tenido otras no estaría yo aquí enunciando este principio.*

Me fluye incontenible un corolario redondo y lo escribo: *el Universo tiene las condiciones y la historia que tiene porque si hubiese tenido otras no estaría yo aquí escribiendo que por eso tiene las condiciones y la historia que tiene.*

Advierto de inmediato una elegante simetría y la escribo también sin poder resistirlo: *el Universo tiene las condiciones y la historia que tiene porque yo estoy aquí escribiéndolo.*

Pero ahora, de pronto, salgo de mi euforia enunciativa porque huelo el aroma que desprenden esas tres proposiciones, fácil de confundir con tufillo a verdad de Perogrullo, con olor empachoso de razonamiento circular, y me da miedo de ser despiadadamente ridiculizado. Me repongo y me digo, como si la cosa no tuviera solución, que a lo hecho pecho, y entonces noto que dejarlo escrito me sienta bien, que me aplaca, me tranquiliza. Al releer el principio enunciado, su corolario y su simetría, me siento pieza que encaja en un universo tan inexplicable como yo, tan amable que me deja decir que él es así porque yo soy como soy y hago lo que hago. Poder enunciar el Principio Antropocómico me ha reconciliado con mi universo.

En un ataque de lucidez panorámica en 3D, mi vida entera se proyecta en mi cabeza y puedo revisar cada momento vivido, verlos todos a la vez. Puedo volver a todos los sitios donde estuve y estar en todos a la vez. Tristeza y alegría se me mezclan dentro en oleadas, me dan escalofríos. Así, como cualquiera a quién se lo pusieran tan fácil, lo veo todo claro y entiendo en profundidad, con todo su dramatismo, que mi niñez, mi imaginación y mi libertad no podrían seguir viviendo en Granadilla si mi angustia no hubiera vivido en Alagón, mi pasión en Salamanca y mi sabiduría no viviera en Lisboa.

Porque, deben saberlo, lo observable, lo que cualquiera puede ver con el corazón encogido si atraviesa inadvertido el estrecho istmo de su península y la puerta de su muralla, es que Granadilla viva no existe, que sus calles han sido ganadas por ruinas y sus casas por zarzas que trepan por muebles desvencijados, amenazando retratos inexpresivos que agotan su color colgados de paredes con barrigas junto a eccehomo de humedad y desconchones, paredes de estancias todavía cubiertas pero sin puertas que oculten sus vergüenzas.

Deben saber que Granadilla se defendió del asedio del pantano creciente, invasor silencioso que ahogaba sus tierras, cerraba su cerco, cortaba sus caminos, ceñía sus dogales, estrangulaba su vida; que resistió hasta que sus habitantes fuimos obligados a abandonarla, que nos realojaron en Alagón, llamado del Caudillo hasta hace poco, y que en aquel aturdimiento muchas mentes se escindieron. Desde entonces, Granadilla viva existe, poblada, sólo en los universos personales de los que fuimos arrancados de ella por fuerzas que escapaban a nuestro control. En esos universos, y en sus bifurcaciones, está a salvo, así el Universo haya seguido los caminos que haya seguido.

Granadilla vive en mí y veo el océano desde su ventanal.